
EPIFANÍA DEL GENIO

ALFONSO GARCIA ISAZA

Cargos Desempeñados:

- Abogado de la U.P.B.
 - Profesor universitario.
 - Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia.
 - Ensayista.
-

En la múltiple y portentosa vida de Bolívar puede señalarse un tramo que indudablemente forma la época verdaderamente legendaria del héroe, el momento definitorio de su vocación, la manifestación más vital de su grandeza, cuando empezando a crear con sus propias manos su obra se hace a la vez todo el hombre, Bolívar, cuando engendrando la libertad se hace el héroe por antonomasia. Es el que transcurre del 31 de julio de 1812, cuando entrega a Miranda al poder de España, al 7 de agosto de 1819, cuando da la primera batalla decisiva de la Independencia en Boyacá. En los años que enmarcan esas fechas, años de indomable luchar, de fortuna varia, de infinita fatiga, su ideario de vidente adquiere los lineamientos que lo identifican en sus dilatados alcances, arrecia su voluntad de semidiós, su acción es la del jayanudo sembrador que sobre la indócil y bronca parcela hace germinar el árbol de la libertad contra vientos y tempestades. Dentro de ese lapso se hace el proceso de su conformación estelar: antes de 1812 era la nebulosa, después de 1819 recorrerá ya, todo plenitud, la incomparable órbita de su misión. Pero es dentro de esa época cuando Bolívar despierta a la asombrosa realidad que él sólo percibe en su dilatada magnitud, se incorpora a sí mismo, se asienta irrevocablemente sobre sus pies y como un iluminado marcha contra todo y por sobre todo, arrebatado por un ideal que lo absorbe y combustiona; su destino asume desde entonces la categoría universal del paradigma como el Libertador. Posiblemente nadie más que el cura Aristeguieta que lo cristianó, con una premonición repentina

extraña a todo orden, previó de un golpe la excelsa destinación del párvulo que bautizaba; nadie se hubiera arriesgado a conjeturar siquiera sobre el porvenir que le aguardaba. Su vida errática, frívola e inquieta, apenas sí tenía las trazas de la tradición familiar: negocios, poder social, vida holgada y brillante. Quién iba a creer en la primera década del siglo XIX, cuando el mozalbate vagabundeaba por Europa, que ese señorito "mantuano" de Caracas cuya familia buscaba y rebuscaba pergaminos, títulos nobiliarios, ascendencia legendaria, carisma social, andando el tiempo, fuera precisamente a quien tocara romper los vínculos y las formaleas que habían hecho de sus apellidos una prolongación de España imperial en la colonial Caracas. Ni el mismo Bolívar pudo adivinarlo muy a derechas. De sus primeros años, de sus mocedades sueltas, mucho menos podía suponerse un futuro de libertador. Su medio, su educación académica —si es que al menos la inició seriamente, sobre lo que caben muchas dudas—, su ir y venir de unas manos a otras como infante huérfano, no otro camino señalaban que el de noble con pingüe patrimonio, con atisbos de príncipe, de mandamás que continuaría los blasones de los Bolívar con sus leyendas y su arrogancia social. Para eso se le había formado, por lo menos a medias, en el aire ciudadano de Caracas y en el palaciego de Europa. De otra parte no hay que creer demasiado en su versación en ideología iluminista, liberal y revolucionaria. Su temperamento no era el de un estudioso y menos un teórico con ideas orgánicas y sistemáticas. Y si la gloria de Napoleón lo sedujo fue por lo vital

y existencial, por lo espléndido de su calidad humana más que por otra razón. Parece, además, que se ha exagerado la influencia de don Simón Rodríguez en la inteligencia y voluntad de su presunto discípulo y en cuanto a su formación militar, su grado a los quince años de subteniente del batallón de Milicias de Blancos de los valles de Aragua y más tarde capitán, le vinieron de gracia, por razón de familia, como una distinción que su prosapia exigía, no como la culminación de una seria carrera de las armas. Ni asomos de estudios de jurisprudencia. Apenas sí hojearía infolios de leyes como juez de Paz en San Mateo y en sus bravas querellas —algunas a mano armada— con el vecino de sus predios, el endiablado doctor Briceño. El juramento en el Monte Sacro que parece no ser sino efecto del ambiente y de un entusiasmo de amigos estimulado por el vino romano, acaso se olvida cuando Caracas empieza a conmocionarse con ideas libertarias. Váse a San Mateo, a su hacienda, y durante los incidentes que doblagan el poder del español Emparán, capitán general, en abril de 1810, no mueve ningún hilo. Los primeros brotes revolucionarios lo dejan, al menos externamente, impasible. Sigue siendo el señor de San Mateo que ni siquiera despierta mayores simpatías entre sus paisanos. Existe más bien una sorda hostilidad en contra suya, cuardo casi que sorpresivamente empieza a aparecer en la escena política sin mayor explicación. Ha probado como al desgairte todas las oportunidades para las que parecía señalado, hasta la del matrimonio, para fundar un hogar que se iniciaba próspero y feliz y en todas ha quedado fallido. Palaciego, hombre de mundo, hacendado y por algunos días empleado público. Pero por fin prevalido de su riqueza, se hace nombrar por la naciente república enviado suyo ante el Foreign Office. No tiene otro título que hacer valer para regresar a Europa. Esta vez con misión especial para la cual tampoco se había preparado; ni siquiera se percata razonablemente de las instrucciones que da la Junta revolucionaria, por lo cual, ante el asombro de sus compañeros don Andrés Bello, el sabio, el jurista, el internacionalista, su antiguo maestro, tan respetable como severo y don Luis López Méndez deja malparada la misión ante Wellesley. Obviamente poco más se alcanza. El viaje es casi un fracaso. Sólo que conquista la voluntad de Miranda para que haga en persona la guerra de liberación y ejerce una tan poderosa atracción sobre el fabuloso trotamundos que lo embarca en la ruda empresa,

la cual sucumbe de la manera más trágica: Puerto Cabello se pierde en manos de Bolívar y Miranda envejecido y escéptico capitula y es entregado al enemigo por el mismo que lo trajo a luchar en contra de España.

Julio de 1812. A los veintinueve años, Bolívar es un prófugo hasta de sí mismo, y es dramática la sola enunciación de ese periplo de aventurero, de héroe, de ideólogo que inicia en circunstancias ominosas. Con pasaporte o salvocunducto que le da Monteverde como recompensa por la entrega que ha hecho de Miranda, —presa que tanto y por tanto tiempo persiguió España—, embala su platería y se hace a la mar incierta a donde en repetidas ocasiones ha de regresar posteriormente a crear de la nada. Cae en Curazao donde los primeros que lo reciben conforman la tripulación que le salvó la vida en el desastre de Puerto Cabello y ahora le cobran las deudas del salvamento. La aduana le decomisa su equipaje, restos del viejo esplendor familiar, mientras recibe noticias de habérsele confiscado sus bienes en tierra firme. Ya es un desvalido. Con dinero prestado que requería insistentemente de sus ocasionales acreedores viaja a Cartagena donde, según él, tremolan los estandartes de la libertad. Allí repunta como ideólogo, como panfletario y lanza su célebre manifiesto, el 15 de diciembre de 1812. Levanta opinión y se enrola en el servicio militar y va a parar, como en período probatorio, a Barranca bajo el mando de Labatut. Allí se le arrincona con la misión de comandar setenta hombres. En uno de los momentos decisivos de su vida y de su acción, ese oscuro punto geográfico lo convierte en el trampolín de su lanzamiento y el escaso pelotón en el ejército de liberación. Por sí y ante sí, sin consultárselo a nadie en un golpe que es más un alzamiento que un desarrollo de los planes del gobierno revolucionario de Cartagena o Tunja se arroja a limpiar de españoles, pueblos y puertos por el Magdalena para marchar luego hacia Ocaña, Cúcuta donde derrota a Ramón Correa, Pamplona, Mérida, Trujillo, Guanare, Barinas, San Carlos . . . en una odisea que no tiene otro norte que llegar victorioso a Caracas, campaña donde las marchas y los combates menudean con las intrigas de Manuel Castillo, su eterno opositor, y el crecimiento de su tropa de setenta a quinientos hombres en un momento contrasta con la sublevación de los mismos a quienes domina. Hace correr moneda arbitrariamente, explica los desmanes de su tro-

pa, defiéndose de los cargos de Castillo ante el Congreso de Tunja, a la vez que le solicita su ayuda permanente; vigila los movimientos de Castillo, empuja el avance sobre Venezuela, dirige en persona uno que otro combate; en Trujillo decreta la guerra a muerte como medida extrema para que el pueblo se solidarice con la revolución, triunfa clamorosamente en Taguanes, fracasa en Barquisimeto, entra glorioso a Caracas, pero próximo al colapso que le ocasiona Boves ante la frialdad del pueblo y la acción tardía de Mariño que al fin se hace presente pero no tarda en ser vencido estrepitosamente en La Puerta. La Campaña Admirable se derrumba inexorablemente entre horrores tales como los fusilamientos de presos españoles y canarios que Bolívar ordena dentro de un estado de necesidad, la marcha de veintemil fugitivos famélicos que con Bolívar abandonan a Caracas para no caer bajo el temible Boves, hasta que la suerte los disuelve como una carroña sobre las costas de Higuerote y Barcelona, a 275 kilómetros de Caracas, después de veintidos días de angustia y miseria innarrables. En el Araure —agosto del 14— es el último combate del cual huye Bolívar abandonando a sus soldados. Lo hace para salvar lo que le queda para nueva insistencia o sea su vida de predestinado y el tesoro de la iglesia de Caracas, al que se había hecho para salvar la república: veinticuatro cajas con un peso de mil kilos. Riqueza que de un momento a otro Bianchi se alza con ella, cree que con este acto de piratería logra pagarse los servicios prestados a Bolívar y su causa. He aquí al hombre entre piratas. Con ellos trata y logra, en un esfuerzo de persuasión, salvar las dos terceras partes que pronto pierden, porque a la aventura se suman las ambiciones de Piar y de Ribas que reducen a la impotencia a Bolívar. Aquél se halla en la Margarita como en sus dominios y cañonea la flotilla libertadora notificándole que no puede pisar tierra isleña. Al desembarcar entonces en Carúpano, Ribas lo recibe hostilmente, le acusa de desertor y lo reduce con Mariño a prisión, de la que se libran cuando Ribas es amenazado por la flotilla del agradecido Bianchi.

Y otra vez Cartagena. En una correría a merced de la tempestad asalta una goleta catalana de cuyo abordaje deriva cincuenta mil pesos con qué sostenerse. Hostigado nuevamente por Castillo entra a la brava a la ciudad murada, donde su decreto de guerra a muerte le crea una atmósfe-

ra adversa, la cual tiene que disipar con sus personales descargos ante el Congreso de Tunja, en noviembre de 1814. Allí explica los propósitos continentales de su sueño pero necesita ayuda y ésta se le presta con la condición de tomar a Bogotá. Bolívar es atrapado por la disensión entre hermanos y no tiene más remedio que hacer la guerra civil. No se halla en su elemento y la campaña que lleva a término carece de la epicidad de la Campaña Admirable. Fue una acción que cualquier general hubiera comandado con parecido resultado. Pero al intentar su regreso a Cartagena de nuevo se halla ante la cerrada oposición, la defección de sus soldados y las limitaciones que lo reducen a las condiciones de un pordiosero. No le queda otra alternativa que renunciar por ahora a sus planes inmediatos y regresar al mar. A principios de mayo del 15 se instala en Jamaica y si su espada se aquietta, se agita su pensamiento. Lanza ideas, escribe, pide ayuda externa, otra vez su voluntad, voluntad cósmica rehace, organiza y marcha de nuevo. Desilusionado de quienes pudieran colaborar externamente encuentra en Petión y Brion, —estadista aquél, contrabandista elegante el otro—, sus protectores. La libertad de los negros estimula al primero y la vocación guerrera y libertaria al segundo para ayudar efectivamente a Bolívar, quien después de ser aceptado a regañadientes por sus viejos compañeros de armas como jefe impuesto por Brion sale en nueva expedición que sigue la ruta indicada por los experimentados hombres de mar y no la que su voluntad pudiera haber trazado. Llega otra vez a Carúpano, después de tomada a sangre y fuego. Pero la hospitalidad de sus habitantes y la deslealtad de Mariño y Piar que se alzan con un lote del parque guerrero indican otro camino, el de Ocumare, donde encuentra nueva animosidad en su contra y los anticipos del ejército enemigo comandado por el fiero Morales desmoralizan su tropa, que abandona lo que queda del parque, y a Bolívar, quien nuevamente se salva de caer en manos enemigas, cuando providencialmente aparece la chalupa de Bideau. Empecinadamente torna a Carúpano, vuelve en pos de Mariño, ahora en la Güiria, donde lo encuentra aliado con Bermúdez quien, negándole el mando, lo atacó espada en mano seguido de turba agresiva y vociferante: “muera Bolívar, abajo el dictador”. El mar vuelve a ser su refugio. En Haití Petión adivina su futuro y su grandeza y lo arma de nuevo. Ahora Bolívar regresa a tierra firme y esta ocasión definitivamente. Son los últimos días de 1816. “Su

excelencia el General en jefe" se hace sentir con terca insistencia a los demás jefes revolucionarios tan pagados de sí y claramente hostiles a su mando. Mariño crea su congresillo en Cariaco que desconoce la autoridad de Bolívar. Es 1817. Pelea en Clarines donde alcanza nueva derrota a manos del ejército español. Piar acentúa sus deslealtades y Arismendi, en La Margarita, le coopera sin mayor gana. Fusila a Piar y véase a jugar el todo por el todo selva adentro, por el Orinoco con la flotilla de Brion, hacia los Llanos a aliarse con Páez, otro reyezuelo bárbaro, a crear entre sueños el nuevo estado desde Angostura, todo ello afrontando batallas y ataques del enemigo común. El señorito de Caracas y París se torna en un llanero de cuerpo y alma. Esguaza ríos, aguanta hambres, come del bárbaro alimento, domeña caballos, resiste increíblemente a la fatiga, combate, combate a pesar de la repulsa de Páez en otra marcha hacia Caracas que deberá abandonar después de los desastres del Semen, Ortiz. Se escapa de perder la vida milagrosamente en oscura acechanza. Y como si hubiese triunfado definitivamente, instala el 15 de febrero de 1819 el Congreso Constituyente de Angostura. Ahora mira hacia el Sur. Pueyrredon lo saluda auguralmente desde ese punto cardinal y San Martín se alza como glorioso émulo con el que hay que entrar en contacto en beneficio de la libertad continental, y Nueva Granada le dará los soldados necesarios y las armas, una vez liberada, para la emancipación de Venezuela. Es su nuevo plan. En mayo del 19 abre entonces la campaña para llegar a Casanare, cruzando el Arauca, empujando la tropa por entre la pampa anegada de aguas invernales que acumulan miseria, enfermedad, muerte y riesgos por doquiera. Los sobrevivientes llegan a Tame a refocilarse y recibir el refuerzo de Santander. Todavía falta lo fundamental, que es cruzar los Andes, y hay que hacerlo por la parte más escarpada, el páramo de Pisba, para despistar al enemigo y atraparlo sorpresivamente. El paso se hace en los iniciales días de julio. Su voluntad, que es una catapulta, lanza a los soldados exánimes por entre los empinados desfiladeros y las nieves congeladas y nada tendrá que envidiarle en la osadía, en el coraje a Aníbal, a Napoleón, a San Martín, en parecidas circunstancias. Se apodera de pueblos, veredas, acorrala a Barreiro, se escapa de perder la empresa en el Pantano de Vargas y de repente triunfa decisivamente en Boyacá. Es el 7 de agosto de 1819. Allí se cierra el ciclo de su epifanía

y que apenas se ha podido contemplar raudamente en lo que es posible captar de las crestas del movedizo oleaje, sin poder sondear sus abismos. Ya es el hombre cuyo apellido estremece como un huracán el continente e invade ecuménicamente la historia. En adelante su sola enunciación congrega la admiración, el amor, la fe y crea la libertad, la nueva ley, el nuevo testamento de América. En torno a él se consolida el continente. No es un planeta solo, es toda una constelación.

Dentro del tiempo y la peripecia que se ha enunciado Bolívar se hace a sí mismo afianzando los fundamentos de su obra. Causa y efecto, hasta cierto punto, surgían simultáneamente. Fue entonces cuando apareció más audaz y asumiendo más riesgos, el aventurero; más heroico, casi solo, espada en mano, el guerrero; más clarividente y universal, el ideólogo y estadista.

★ ★ ★

Ciertamente tantos días, meses y años estuvieron ligados a las circunstancias más azarosas y aleatorias. La aventura presidió los momentos más decisivos entre la vida y la muerte, entre la inanición y la física supervivencia, entre la libertad y la prisión, entre la inacción, la parálisis y seguir hacia adelante sin parar mientes en los incontables riesgos de una acción audaz y tenaz que había que convertir en permanente estado de necesidad. Bolívar, pues, juega su suerte encarando las situaciones más disímiles y estafalarias, seguido por un hado picaresco y cruel que lo salva de la oscura encrucijada, o lo ampara del puñal del negro Pío en Jamaica o de las ráfagas mortíferas a mansalva, pero que lo abrume de infortunios. Pérdida del tesoro de la iglesia de Caracas a manos de contrabandistas y de sus antiguos compañeros; pérdida del parque, pérdida de sus haberes personales. Arrojado por la patrona de miserable hostería por falta de dinero para pagar la posada, transfórmase casi en un caballero de industria para subsistir, en trata con audaces mercaderes, a veces generosos, a veces crueles. Arrojado al mar Caribe y sus Islas, a cada derrota en tierra firme de él se ampara como de un poder esotérico que misteriosamente lo atrae y reanima. Tras sus singladuras iba su suerte. Sus islas le sirven de refugio para sobrevivir a las bravas faenas, de retiro para meditar sus grandes ideas y propósitos y de extraño centro para el mercado de armas, así sean en desuso; de cátedra ideológica para sus ideas revolucionarias, subrepticamente, a escondido

didas de España, pero con la alcahuetería inglesa, de intercambio con personajes exóticos y de leyenda. Sus aguas lo llevan y lo traen a veces envuelto en la tempestad, a merced de su gente, o huyendo peligrosamente de la persecución enemiga, o en abordajes sangrientos trocado casi en jefe de banda, o entregado a los brazos de amantes apasionadas, que abandona a cada urgencia que le depara la suerte o la guerra. Fue, pues, un lobo de mar con su historia y su misterio. Pero si ese trotamundos realmente es un aventurero redomado no lo es como quien vive el oficio de estar desafiando y a la vez haciéndole el quite al albur, al riesgo, al peligro. Lo fue en apuros por la libertad de América lo que sólo se comprende cuando se totaliza su acción infatigable. De haber muerto dentro de esas circunstancias todas azarosas, muchas terribles, no quedaría sino la esteira de un vagabundo miserable, de un perdonavidas, de un vivo que se hacía pasar por jefe de un tropel de gente en desgracia, soladados a veces paniaguados, otros ilusos y despistados como él, o forzados a combatir.



Bolívar instala el Congreso de Angostura. 15 de febrero de 1819.

Era su misma vocación libertaria lo que lo encaraba con la suerte a extremos límites donde su naturaleza especialmente intuitiva tenía que obrar casi instintivamente con lo que tuviera a la mano y en no pocos momentos desprovisto de lo más elemental, abriendo la ceja de luz, el camino por dónde escaparse de la adversidad, del instante mortal hacia la vida, la libertad, amparándose—quién lo creyera— en el riesgo mismo. Todo su actuar fue de aventura. El mundo dentro del

cual se había movido holgada, hedonísticamente, no era el de su destino. Tenía que revolverlo, destruirlo, para edificar el nuevo; violentar la seguridad del orden establecido para dar campo al que él aleatoriamente iba a crear, entregarse a sí mismo en su ser y su haber, porque nadie sentía más que él la necesidad de forzar su aparición. Esa nueva situación por hacer los hombres la desconocían y las circunstancias adocenadas no la propiciaban y Bolívar tenía que buscar, inventar los instrumentos que no se daban para ello, imponerse por sí solo a los hombres, por imposibles que fueran el momento y el medio. Por eso se jugó siempre su vida, su gloria y su fortuna.

★ ★ ★

Dentro de este ciclo volcánico surge también el ideólogo continental. La mayoría de los documentos fundamentales del pensamiento bolivariano se producen entonces. Después del desastre de Miranda lanza el Manifiesto de Cartagena; tras del amargo final de la Campaña Admirable escribe la carta de Jamaica; a continuación de las indecisas luchas de la Guayana y el Orinoco pronuncia el discurso ante el congreso de Angostura e inunda de panfletos, de manifiestos, de cartas, toda esa época y todo ese convulsionado periplo para solicitar socorros de armas, hombres, dinero; para despertar a los somnolientos, encender a los fríos, para promover de todas formas la libertad de ninguna manera como teórico puro de abstrusas divagaciones o metafísicas construcciones, sino que traza la política, los encuadres jurídicos del nuevo mundo sobre principios claros, generosos, de beneficio popular, de confraternidad continental y justicia firme, de recia autoridad, de mando ilustrado y usa de la pluma, de la gaceta, del periódico que funda, de la hoja de papel, de la epístola como de armas de combate. Y habla con voz que tiene acentos de demagogo pero que orienta, amonesta, pide, insinúa, predice, enseña, apostrofa, castiga, se exalta, se ilumina a sí mismo y estremece el pensamiento y la voluntad de los demás, de sus hombres. No hay un estado de alma en Bolívar que carezca de una manifestación escrita u oratoria con el pensamiento encarnado por la lucha, por la experiencia sociológica, la profecía, la visión clara del Estado que considera más adecuado al destino de la América adolescente. El escrito, la palabra, fueron los más eficaces instrumentos de su creación. El escritor, el orador, tan completos como el militar, fueron atributos que en Bolívar aparecen también de repente, espontáneamente. Sus cartas, sus discursos,

sus proclamas, están a la altura de los mejores capitanes, sin que haya tenido escuela, academia o al menos dedicación muy sostenida en el empeño que suponen, otro milagro más de su genio cuya versatilidad literaria se manifiesta magistralmente en el análisis que hace de la "Oda" que Olmedo le dedica. Y cuando nada indicaba que el lector de literatura enciclopedista fuera a vivificarla a su modo, de manera diferente a un jacobino, aparece dentro del combate y la aventura, circunstancias las menos oportunas, todo su ideario político, social y cultural, que con acentos universales delineó de una vez con una sabiduría y previsión que no alcanzaron los demás eupátridas americanos, ni igualó, ni ha superado nadie después en el continente.

★ ★ ★

Desde el día en que se olvidó de Labatut para seguir irrevocablemente su propia misión ya es también el guerrero. Con anterioridad no inútilmente había blandido su espada en el combate del Morro, Valencia, demostrando un arrojo que asombró al experimentado Miranda. Fue su primer fogueo. Pero es arrinconado en Barranca donde se le revuelve su pasión por la espada para trazarse con ella su camino. Nada podrá impedirlo. Quiso que Miranda hiciera la guerra, lo trajo para este fin, lo instaló no sin mucho trabajo, arguyendo, insistiendo contra un gobierno revolucionario esquivo al Precursor; clamó por levantar los ánimos en Cartagena en favor de sus propósitos, pero quienes estaban en condiciones de ayudarlo hostilmente lo descalifican colocándolo allí, reducido casi que a la inactividad. Diríase que no optó por resolverse a conducir personalmente la guerra sino cuando sus intentos de que otras manos guiaran la lucha fracasaron. La ocasión entonces se pintó calva y supo agarrarla de los pocos cabellos que le quedaban. No podía quedarse de militar desgraciado en el desastre de Puerto Cabello, señalado de seguro como traidor a Miranda, o pintado como un demagogo o panfletario desafortunado.

Está anotado que sus grados iniciales en la milicia era más de viso que indicativos de real ascenso en su ejercicio. De seguro no conoció en sus primeras mocedades vida cuartelaria y hay que repetirlo, era el fracasado de Puerto Cabello. Con todo, en Barranca, de un momento a otro, se hace jefe de un cuerpo de soldados reducidísimo y lo es enteramente. Se coloca frente a sí mismo, frente a sus hombres y frente a la histo-

ria como el hombre que tiene que hacer la revolución por la libertad. Es como si la adversidad, las mismas equivocaciones, lo hubieran apurado para convencerse que era él y no otro el estigmatizado, el escogido para la tempestuosa empresa.

Su guerrear, y en ello hay que convenir, no es de gran estratega. Su táctica no es muy científica. La audacia, la rapidez, el arrojo, la constancia, le valieron las victorias personales probablemente tantas o menos que sus derrotas y como obra de arte militar acaso no podrán compararse con los triunfos guerreros de Sucre. El Gran Mariscal como estratega fué superior al Libertador, no caben en ello muchas dudas. La espada en Bolívar adquiere su significación como un recurso de última ratio para crear e imponer la libertad y su poder avasallador lo derivó más de su incomparable carisma que del acero flamígero. En mucho sus éxitos como hombre de guerra los logró a través de sus compañeros, a quienes supo manejar con su probada habilidad psicológica, su capacidad de persuasión, su grandeza de alma, su infinita paciencia, como también con el halago y la amenaza. Así pudo a menudo sobreaguar como jefe y conductor entre las corrientes opuestas y peligrosas de Mariño, Bermúdez, Piar, Ribas, Arismendi, Páez. Cada cual un condottiero, señor de horca y cuchillo que obraban ante todo en beneficio de sus intereses feudatarios y que varios de ellos llegaron al extremo de desconocerlo como Libertador, y revelársele. Por una trastada de la fortuna tuvo que forcejar más con los suyos, con las circunstancias adversas creadas por sus cómplices que con la misma acción devastadora de Bores, Monteverde y Morillo, al menos en una lucha más descorazonadora. El semidiós vivió enfrentado con sus mismos héroes. Pero en contraste conduce al triunfo a veces mesnadas de paisanos, unos cuantos centenares de soldados, pelotones de gente forzada a combatir, llaneros que no saben sino volar a caballo y ensartar con sus lanzas, de pronto legionarios británicos de recia contextura bélica, de mejor formación militar que la suya y también, y al fin, a quienes se creyeron sus pares transformados de díscolos capitanes en sumisos tenientes de su empresa libertadora.

★ ★ ★

Pero ante todo fue el genio. Que vivifica, unifica y sublima las facetas del poliedro, el genio que en la época acotada irrumpe cósmicamente para destruir pero para crear. Como un demiurgo se hace

a sí mismo y su circunstancia la busca, la pelea, la domeña y la pone al servicio de su voluntad por ardua, arisca y hostil que ella sea. "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella", había dicho sin arredrarse ante el pavoroso dislocamiento físico de Caracas. Está en inmediatez íntima con los hombres y los acontecimientos obrando sobre ellos como su recreador. No es el director de orquesta que sobre el podium conduce paudadamente el complejo sinfónico por entre la dorada trama que teje en el aire, sino el hombre que llevado de su intuición, a veces al acaso, a veces quizás sin quererlo, hace su obra con los elementos más extraños, las condiciones más adversas que giran sobre él, que nacen de él o chocan contra él, que absorben su voluntad, voluntad creadora que a él mismo lo transforma al transformar su mundo. No fue su obra efecto de plan minuciosamente preconcebido sino todo lo contrario, pero con una idea que lo escuece. La faena libertadora a pesar y gracias a múltiples condiciones que en la época señalada tuvieron su más ruda y compleja manifestación resultaba de todas formas adelantada tenazmente y sin reposo. Así la libertad emergía como el claro horizonte después de talar la selva enmarañada.

Bolívar fue realmente el creador. El solo, de la nada, hizo ejércitos, cambió una masa hostil en pueblos que lo siguieron delirantes, condujo la guerra como un numen antes que como experto capitán, de unas cuantas ideas más aspiradas en el ambiente, en el aire histórico que académicamente asimiladas, formó un sistema político sobre el cual se ha movilizadose secularmente el pensamiento de América, como que guarda orientaciones salvadoras y ningún otro le dió un acento más vital, continental y permanente a la emancipación y con el cual millones de latinoamericanos marcamos el devenir de nuestros pueblos y estados. Una ideología todos los días más fresca para el continente y ejemplar para el mundo.

En nada fue precoz a no ser en su errabundaje y dolores; no madrugó a deslumbrar como otros, pero acontencía que la obra de maduración que en él se hacía mediante un proceso imponderable e impredecible audazmente se manifiesta toda entera dentro de estas circunstancias y signos los más agudos y abrumadores. El genio sopló sobre el caos. Y ese espíritu creador que de él se apoderó le dió el don de la profecía, el don de la palabra y la pluma, el carisma del mando y la

fuerza de una voluntad indomable. De no estar acosado como por un furor divino, Bolívar, en las situaciones enunciadas, aparecería muchas veces como un autómeta, una fuerza elemental más y no tendría explicación esa fábula, esa leyenda,

ese cantar de gesta americana, ese deambular quijotesco, ese pensamiento de oráculo, las transformaciones suyas como obra de encantamiento, de una vida proteica, múltiple, extensa como un mundo, intensa como su pasión libertaria.



Batalla de Boyacá.

Esa combustión volcánica es la que le da, pues, carácter indivisible a las diversas manifestaciones de su existencia. Frecuentemente se conoce el genio por lo específico de su acción creadora, por lo determinado de su proyección; parece como si destruyera u opacara al hombre que aparece como mero soporte suyo. Absorbe de tal modo lo humano que es como si ese divino fuego de plenitud en el santo, en el sabio, en el artista, en el guerrero, en el conductor de naciones, impidiera ver la carne y la sangre, el barro y el espíritu de donde surge. De cierto filósofo no permanece sino su palabra y pensamiento de proyecciones infinitas; de un paladín de hierro su constante combatir como una máquina de guerra, acaso se sabe el nombre de un poeta por su canto no más y un pintor es increíblemente monocorde fuera de su paleta. Pero hay otra vertiente del ge-

nio en que sucede lo contrario. Lo humano no se desdibuja sino que se vivifica con la marca del predestinado. Los destellos de su acción como los poros de su envoltura humana exudan grandeza a un mismo tiempo. Es imposible deslindar lo genial y lo humano. En esa perspectiva está Bolívar. Vida y pensamiento, acción y creación en él forman una unidad solidaria que subsiste por obra y gracia de esa especie de recíproca sustentación, una especial simbiosis. El azar increíble, el guerrear implacable, el pensamiento trascendental, el mando tantas veces indiscutible. Como también la fina gama de sus pasiones de amor, de odio, de poder, de gloria, su gentil galantería y desempeño social, la nobleza de su talante, su laboriosidad y resistencia sin fatiga, su agudeza de intelectual, el desprendimiento ascético de hombre superior, ello confor-

ma un todo que al tratar de separar completamente se arriesga a dislocar la enteridad del genio. Especialmente las tres facetas fundamentales. El guerrero está hecho por la idea y la aventura y sus personal carisma; la idea en él es una aventura como cuando en Jamaica sueña reducido a la impotencia o cuando aún sin haber librado batalla decisiva, asediado por el enemigo y con compañeros reacios, pareciera en Angostura empeñado en jugar a la empresa de crear un estado, defendido no más que por los futuros triunfos de su espada que él imaginábaseles sobrevenir ineluctablemente. En medio de la aventura era cuando mejor imaginaba; y además el mando conformado por la irradiación de su voluntad que alcanzaba poderoso magnetismo por la idea con que la iluminaba y la peripecia fabulosa de su acción. Y ese era el pivote sobre el cual giraba la magnitud de su acción, su voluntad. Nada hay más tenaz, más creciente, más totalizante que su querer. Se ha dicho que "el genio es una larga paciencia" y este acerto tan próximo a la verdad no tiene mayor verificación que en Bolívar.

"Triunfar!" fue siempre su más engayado propósito, contra la fortuna adversa, contra el poder rampante y avasallador del Imperio, contra sus propios hombres; triunfar contra el imposible de transformar un pueblo hostil con más de tres siglos de inconsciencia en un estado autónomo, en un continente libre; triunfar con la audacia y padeciendo el zarandeo de la fortuna que él mismo cortejaba, con el pensamiento y la palabra, con la espada y empujando y arrojando hombres a la guerra. Esa fue su voluntad. Hágase el triunfo y el triunfo fue hecho. Si en Napoleón el genio estuvo ante todo en la inteligencia, en Bolívar, por sobre todo fue en la voluntad.

Cuando años después, en Pativilca con la salud quebrantada y reducido a situaciones de extrema

precariedad que de ningún modo auguraban el buen suceso para el remate de su obra, ante la preocupación de un ilustre amigo y colaborador suyo sobre lo que pensaba hacer en los días siguientes, aquel escombros físico se transforma con el mismo aliento de 1812, de 1813, de 1815, de 1817, de 1819, para resolver la inquietud amistosísima sin tener que pensarlo dos veces: "Triunfar!".

Y Morillo, el implacable pacificador, que pudo conocerlo y sentir el formidable peso de su acción escribía al Rey: "Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo . . . El es la revolución". Esto es, en correcta versión, que Bolívar era la libertad hecha voluntad y acción que en este continente se estrenaba como algo nuevo, desconocido. La libertad en Europa había sido una conquista política, en el fondo obra de un proceso secular de la cultura; en el Nuevo Mundo suponía algo más: su propio destino, su quehacer, la entraña de su propio devenir. Era, pues, también, América con sus hombres y sus pueblos por hacer, con su milenaria leyenda tallada en piedra, en oro, en hierro, en barro, en carne viva; con el plutónico fuego de sus volcanes, el cristal impoluto y el abismo de sus picos, con la huracanada vastedad de sus llanuras, el caudal incontenible de sus ríos; sus selvas devoradoras y alucinantes, su sol-dios, sus águilas trasandinas y cóndores altivos, sus serpientes sagradas y pájaros oráculos, todo ese continente virgen como la primera página del Génesis hecho sangre y espíritu en Bolívar, en su corazón, en su voluntad.

1812 - 1819. He aquí el tiempo de la milagrosa epifanía bolivariana en que el Genio de una vez, completamente, iluminó, dominó y asombró la historia revestido con el poder estremecedor del primer rayo que fulguró sobre el mundo recién creado, sobre el primer hombre que pisó la tierra.